

AÑO 5.º

1841

La Trinca.

¿Qué me decis del proyecto, amigos míos? Confieso que he trabajado mucho para organizar en esta cabeza las pocas ideas que me iban ocurriendo, á fin de dar felice cima á nuestra empresa: se trata nada menos que de educar un muchacho, que viene de la montaña, y cuyo padre tiene sesenta ó setenta mulas pastando en sus cerradas. El jóven vendrá dispuesto á todo, con tal que le instruyamos; y á fé mía, que si se pone en nuestras manos, ha de salir bueno. Antes de poco tiempo, ó se ha de haber tirado al canal, ó estará hecho á prueba de bomba contra los ataques de los preocupados. Su dinero nos servirá admirablemente en este carnaval, y, merced á sus pesetas, en breve irá limpio de la corteza montaraz: corre de mi cuenta explicarle el genio de cada uno de vosotros; y aunque no pueda decir sino mil lindezas de cada uno, con todo va á conocerlos por buenos desde los pies á la cabeza. En fin, me encargo de desbastarle.

Decía un jóven alto y negro, cuyos ojos brillaban con el fuego de los veinte y cinco años á otros tres, que muy atentos le escuchaban. Pálido el uno y de facciones un tanto desencajadas, robusto y encarnado el otro, aire entre burlon y severo el último, rodeados todos á una mesa entapizada de periódicos, se regocijaban alegremente con una botella de Cosuenda, la cual de vez en cuando vaciaban en sendos vasos. Era digno de una ligera descripción el mueblage del cuarto: figúrese el lector seis sillas al rededor de la mesa, una arca de pino, una cómoda con un espejito encima, dos cajas que contuvieron cigarras, un fusil en el rincón, seis estampas del inmortal Goya en las paredes, una guitarra muy bien encordada, una flauta, y algunos procesos sobre la mesa; tal era en compendio lo único útil que allí hubiese encontrado la justicia. Frente por frente

te del que parecia forastero, y tal vez era el amo (que vice-versas de esta especie ocurren á cada instante) se encontraba un estantito lleno de libros; sobre una hoja se veian dos floretes y una careta de hilo de hierro; por la red de la otra se descubrian dos pistolas. D. Joaquin Casamayor, licenciado en leyes, reunia á sus amigos, para ir á esperar á un contrapariante soyo que llegaba á Madrid aquel mismo dia por la diligencia de Búrgos. Era el tal D. Joaquin uno de esos jóvenes, á los cuales atienden las muchachas siempre que se dignan miratlas: hijo de padres bien acomodados, con una reputacion de entendido, adquirida á costa de algun trabajo, hacia ya seis años que se ocupaba en sofisticar en el foro, defendiendo á los pobres, y haciendo porque condenasen á los ricos. Un procurador con el cual estaba ajustado, le proveia de procesos; y así presentaba siempre á sus amigos para darse importancia un bufete, en el cual bullían las demandas y las causas. Esta reputacion en el foro, secundada de un espíritu siempre atento, y examinar el pró y el contra de cuanto ante él se hablaba, y contenida con una lengua que arrebatava á los oyentes, dispuesta siempre á hacer la oposicion á todas las cuestiones, le hacian terrible ante lo que se llamaba *la Trinca* ó *la cuadrilla*. Por otra parte un doblon siempre en el bolsillo, y una disposicion á gastarlo cual ninguno le hacian reputar por tan generoso como él era.

Habia reunido á tres amigos, los cuales podian muy bien echar un cuarto á espadas en defensa de la asociacion entre ellos establecida. El mas pálido, llamado D. Pablo Castilla, acababa de recibirse. Sus méritos eran muy dignos de ser enumerados ligeramente. Hijo de un honrado comerciante si los hay, estaba en la corte pretendiendo. No tenia estudios, pero le robaba el del mundo.

Domingo 28 de Marzo de 1841.

En lugar de dedicarse al Sala y a la Novísima, había empleado el tiempo en aprovechar la juventud. Muchos lances se contaban habidos por él en una capital de provincia, de la cual marchó con reputación un poco mediana: las muchachas hacían un gesto de disgusto, cuando lo encontraban en la calle ó en la tertulia: no sabemos si esta displicencia provenía de ver que él se acomodaba mejor con las madres ó con las que podían serlo legalmente: sea de esto lo que quiera, que nosotros no nos metemos en biografías, él gozaba del mundo, porque lo conocía; y se reía de cuantos emprendían convertirle á seguir otra conducta. Los otros dos, unidos siempre para sus aventuras, papeles dispuestos á cualquier cosa, tenían un carácter menos pronunciado: uno de ellos sin embargo ponía el derecho en la fuerza, y por consiguiente era espadachín: el otro fiaba más de su astucia: los dos tenían por norma de su porte el «tomar el tiempo conforme venga.»

Reunidos, pues, ya, y embozado cada uno en siete varas de tela, sin formar ni filas ni parejas, sino yendo como en peloton, se dirigieron los cuatro á la casa de Postas. Hallaron allí á otros conocidos que les hacían paso, por la sencilla razón de reconocerlos superiores.

—Sr. de Castilla, dijo un jóven; he de merecer de la bondad de V., que pase la vista por esos borrones, y le alargaba un papel: es el fruto de un momento en que he querido probarme; y si V. me los aprueba, tal vez me decida á leerlos en la próxima sesión del Liceo.

—¿Qué se propone V., amigo? contestó D. Pablo.

—Describir la felicidad que se goza en los lares paternos, después de haber cumplido con sus deberes en la Universidad.

—Ya: eso es que V. quiere hablar de los pichones, de los regalos, de los obsequios que dá la madre, y de la distinción de cantar la epístola, que el sacristán de un pueblo concede á un estudiante, cuando vuelve del curso. Muy bien; pero no quiero decir eso, sino preguntarle, si piensa V. adelantar algo con esa producción?

—Dependerá mi resolución del resultado que obtenga.

—Y si lo obtiene ¿qué piensa V. hacer?

—¿Qué? estudiar, mejorar mi estilo, aprender, reflexionar y después escribir para el público.

—Pues: todos lo mismo, murmuró por lo bajo Castilla. Muchachos: ved al señor; di-

jo con intención á sus compañeros, señalando con una risa sardónica al interlocutor: quiere que vea yo esto, (y les enseñó el papel): quiere escribir para el público, si nosotros aplaudimos su obra.

Todos le miraron, midiendo de una ojeada lo que allí podía esconderse. La corteza prometía poco; el desaliño del vestido demostraba menos educación en su alma. Con todo le recibieron, y Gasamayor, tal vez más penetrante que ninguno, le dijo con gran severidad. Amigo mío: si para juzgar de vuestra producción es á propósito una sesión que tenemos esta noche en la fonda inmediata, allá nos vamos; y veremos cual os sopla la musa. Si queréis venir, seréis de los nuestros; si os acomoda nuestra sociedad, seréis uno de sus miembros, pero os prevengo desde luego, que no os espanteis de nada que oigais ni veais. Hubo un tiempo en el cual el Estado tenía dentro de sí tantos estados como señores con título que sorbian la sangre del pueblo español: há poco tiempo que los sorbedores ya no sorben; y no tardará el último en perder hasta la vida. En contraposición á todos ellos, se levanta otro estado, más temible para los particulares; más beneficioso que perjudicial para el estado ideal, para la Nación. Este estado se compone de todos los que se dedican á escribir para el público. Bien pronto, si el furor no se calma, los principales escritores serán temidos, porque la turba de escritorzuelos que empiezan, formará una cohorte invencible, de que aquellos dispondrán á su gusto. Procuremos alistar en esta cohorte, porque si pensásemos hacer progresos fuera de ella, seréis silvado, y perderéis el trabajo y el entendimiento. Alistado ya, tratad á los demás como el conductor trata á los caballos: latigazo en ellos, y firmeza. Pero perdonad que no os explique mi divisa: llega la góndola, y no puedo detenerme.

En efecto, la góndola, arrastrada por ocho valientes mulas, entraba por la calle de Postas: los curiosos se replegaban á los lados, y los carabineros se avanzaban á dar la bienvenida á los viajeros. Nuestros amigos se aproximaron á la berlina: venía sin gente. Ninguno de los viajeros del interior suyo dan razón del jóven por quien los cuatro amigos preguntaban. Solo el mayoral les contestó, que media legua antes de llegar á Madrid había recibido un coche á un muchacho de diez y seis años, el cual por el acento parecía ser de la montaña de Santander.

—Buena la hemos hecho, dijo Castilla: apostara á que esta noche no tenemos quien

nos pague el Champagne. Y nosotros que contábamos con la venida del montañés, podemos ya decir adiós á las esperanzas golosas que llegamos á abrigar.

—¿Por qué sentirlo? dijo Casamayor: el encuentro del Señor nos indemniza con usura de las satisfacciones y goces de que la venida de tu primo hubiese sido causa: además, que me figuro que el montañés no ha de ser tal cual lo pensais. Tal vez sea un ignorante, un presumido, un fátuo... El talento de nuestro nuevo amigo nos recompensará seguramente de su falta. Si ha llegado á Madrid, él se presentará; si no ha venido, no tarda. Todavía puede la trinca seguir la marcha que comenzó; aun hay en caja suficiente dinero para divertirse algun tiempo, y hasta que el día de la penuria llegue, no es cosa de desconsolarnos. Mucho será que entre tanto no aparezca algun ángel, con cuyas plumas nos cubramos. A la fonda, señores, á la fonda.

A la fonda, dijeron todos, y se fueron.



POESÍA.

Á LA INFIEL CLORINA.

Deja, Clorina, tu ruego,
que esas lágrimas me atidas,
que turbaron mi sosiego,
me son tan aborrecidas
como de tu amor el fuego.

Falaz promesa me hiciste,
falaz es también tu llanto...
¿Si entonces no la cumpliste,
si entonces ciega mentiste,
porque hora te afanas tanto?

El justificar la ofensa,
después de sufrido el daño,
no es tan fácil cual se piensa
ni en vista de un desengaño
se puede encontrar defensa.

Dejame con mi dolor,
con mi pena y con mi lloro,
y mi aciago torcedor,
que va nubes con amor
podré decir que te adoro.

Mal rodará la lengua fría,
al rigor de tanta pena,
de tan bárbara agonía
alabar lo que condena
y nunca decir debía.

Yo adorarte!; Yo quererte!
Yo ciego de amor por tí!
Yo en tanto precio tenerle,
cuando buscabas mi muerte...
¡Que necio, Clorina, fui!

Mas ¡ay! que en el vivo encono,
que á mi pesar alimento,
y al que ciego me abandono,
no sé yo en mi sentimiento
si lo culpo ó te perdono.

Aun te adoro á mi pesar,
aun te adoro, bien lo veo;
aunque pretendo arrancar,
en mi loco delirar,
del corazón mi deseo.

¡O momento desdichado
aquel en que yo te vi
por mi mal desalumbrado!
¡Incauto, no preví
tan aciago resultado.

Brillaba tranquilo el cielo,
posaba la tarde en calma,
estaba florido el suelo,
y embecida mi alma
en su esperanza y anhelo.

A orillas del manso río,
con aparente desvío,
del concurso te alejaste,
¡O Dios! y hacíste lado mio
Clorina te aproximaste.

Las flores de la ribera,
el vergel con su verdura
y su gala placentera
envidiaron mi ventura,
tan falaz y pasajera.

Tus negros ojos, Clorina,
lánguidos, tristes, hermosos,
como el amor los combina
para hacer ¡ay! poderosos
á la beldad mas divina;

En mí se fijaron bellos,
y el corazón incendiaron,
y sin poder comprendellos,
la dulce paz te robaron.
con tan brillantes destellos.

Pagaste tierno mi anhelo,
y fui feliz en tus brazos,
sin ver ¡ay! en mi desvelo
que eran traidores sus lazos,
y tu alma fiera de hielo.

Así dichoso he vivido,
aunque he vivido engañado,
delirante, embecido,
por tu amante deslumbrado,
por tu astucia seducido.

Después ¡ay! después la suerte,
ó tu instable condicion.
ó mi delirio en quererte,
tan grata satisfaccion
ha trocado en dura muerte.

Vive feliz en el lejano suelo,
donde yo por mi mal te he conocido,
vive feliz con horas de consuelo,
que yo he perdido.

Contenta vive sin terror ni susto,
canta regocijada tu victoria;
que yo tu proceder guardaré injusto
en mi memoria.

Acaso mas leal, menos artera,
pagues de otro mortal la tibia llama,
cual hoy burlas sin fe la verdadera
de quien te amó.

Entonces ¡ay! de tu tormento acudo.
 en el ciego rigor á mi venganza...
 ella de mi pensar es el escudo,
 y mi esperanza.

J. Guillen Buzarán.



HISTORIA DE LA NAVEGACION.

[Artículo traducido.]

¡Con cuánta variedad se ha pensado del primer temerario que abrió el camino de la navegación! El mas juicioso de los poetas antiguos, Horacio, le creía y le trataba de alma insensible, de inhumano corazón, de furioso, de impio y de otra naturaleza en fin. Panzitol, jurisconsulto moderno, deseaba que se elevase la navegación sobre todas las invenciones humanas. Segun él es una empresa dirigida por el mismo Dios, como lo prueba la construcción del arca de Noe, que en efecto el primer navio que conocemos construido por mandato espreso del Señor. La verdadera época de la navegación debe fijarse despues de la dispersion de las familias. Comenzó sin duda con el uso que se hizo desde luego de algunos troncos de árboles, vaciados como nuestras artesas, ó de alguna tegido de mimbrés en forma de cesto cubierto de pieles. Bastaba esto para unos viajeros, cuya mas urgente necesidad se reducía á atravesar lagos y rios, sin jamás abandonar el continente ó la tierra de Sennaar. Animados con este ensayo á abrirse un paso en medio de las aguas, intentaron algo mas, cuando hubieron llegado á la orilla del mar.

Entre los egipcios deben buscarse los primeros progresos de la navegación. Los griegos ni mas los reconocen por sus maestros en este arte. El testimonio de la escritura confirma esto mismo, y el capítulo veinte y siete de Ezequiel está consagrado totalmente á una magnífica descripción de la ciudad de Tiro, de sus marineros, de sus navios, de su comercio, de su tesoro y de todo lo que formaba su marina. Los fenicios poblaron el mundo conocido con sus colonias, y supieron establecer un comercio reglado entre los pueblos mas remotos. Despues que hubieron edificado á Cartago en la punta del Africa, se aprovecharon de una situación tan feliz. Cartago, cual otra Tiro, se aseguró las utilidades de las minas de oro de España, se engrandeció al oriente y al occidente en todas sus costas, hizo desembarcos en las Galias, y llegó hasta la isla de Albion ó de la Gran Bretaña. Despues de estos tres pueblos, los fenicios, los cartagineses y los griegos, pasó el imperio del mar á los romanos: al principio fue tal la torpeza de estos últimos para armar buques, que jamás hubieran podido construir una sola galera, si la armada cartaginense que cruzaba por los mares de Italia, no hubiese abandonado una de las suyas que naufragó en las costas: esta tenía cinco órdenes de remos, y sirvió de modelo á los romanos para construir las de la misma forma con otras veinte de solo tres. Estas compusieron la escuadra de Quilio, que derrotó la enemiga el año 494 de Roma.

Tres años despues los cónsules Regulo y Volso alcanzaron una victoria mucho mas completa contra Hamílcar. Pasados dos años, habiéndose dispersado por una tempestad la mejor escuadra de los romanos con pérdida de ciento cuarenta galeras, se disgustaron de la marina y se resolvieron á mantener solamente setenta buques de transporte. Tan perfectamente se aprovecharon los cartagineses de tales descabros, que los romanos no pudieron menos de trabajar asiduamente para formar una buena marina. Volvieron á equipar de nuevo una numerosa escuadra en 505, y el terrible golpe que sufrió al año siguiente, lejos de desanimarlos, los determinó á hacer mayores esfuerzos. En consecuencia armaron 200 galeras de cinco órdenes de remos de la estructura de una *rbodia*, que habian cogido poco antes á los cartagineses. Muy pronto se vió destruida la escuadra enemiga, y ya no hubo potencia alguna marítima que pudiese disputar la soberanía de los mares á los romanos; pero sin embargo de esto no hicieron descubrimiento alguno por espacio de siglos, pues su mayor viage fue del Egipto á la India, lo cual habian hecho mucho antes los fenicios.

Entre los bárbaros que mas formidables se hicieron en la mar desde la decadencia del poder romano, cuéntanse los Vándalos, los Sarracenos y Normandos; estos últimos hicieron escursiones ánti vidas y corrieron mas países que los otros, pero costeano siempre. Reducidos á combates de aventuras y al pillage empleaban en esto toda su habilidad, sin cuidarse, de perfeccionar la navegación. Los venecianos y genoveses eran los únicos que hacían el comercio de la India, de donde traían las mercancías de Egipto por el mar Rojo, ó á diferentes ciudades de Asia, por medio de carabanas. Los españoles, ingleses, franceses, dinamarqueses y flamencos tambien adquirieron alguna reputacion; pero puede decirse que la ciencia de la mar no salió de su infancia mientras se ignoró el uso de la brújula, desconocida á los antiguos.

Los nombres de los cuatro puntos cardinales y todos los demas de los vientos y sus derivados que estan en la rosa del aguja, tentónicos todos, parecieron una razon suficiente para atribuir la invencion de la brújula á los mismos tentones ó alemanes. Otros pretenden con mayor fundamento, que Pablo de Venecia la trajo de la China á Europa el año 1260.

La utilidad que sacaron las naciones europeas de la aguja no fue por de pronto muy grande en el Norte.

En 1360 un monge de Oxford, astrónomo hábil, ideó la primera expedición; pero hasta 1396 no presenta mas que horrosos desiertos, osos blancos, monstruos marinos, y montes de hielo en medio del Océano. Los ingleses y holandeses se arriesgaron á descubrir esta parte septentrional de la Europa. El gran proyecto con el Cathay y demas países orientales; pero fueron bastante felices en suspender del todo su trabajo, estableciéndolo con los moscovitas sin haber podido pasar mas adelante.

Los españoles tuvieron mas fortuna hacia el Sur en 1348: Juan de Betaoconet, capitán francés, viajó bajo las órdenes de Juan II, rey de Castilla, para la conquista de las Canarias, de cuyas islas sujetó cinco.

Esta nueva adquisicion no escitó grandemente la curiosidad y ambicion de los castellanos; largo tiempo despues pensaron en reducir las otras dos: de manera que se pasaron 140 años antes que se verificasen cosas de alguna importancia, en honor de la

corona á quien el cielo habia destinado las mas florecientes regiones del nuevo mundo. Los portugueses rompieron en este intervalo con éxito feliz la gran barrera que formaba el Africa entre la Europa y las antiguas Indias. Ellos ensayaron paso á paso, y asegurándose de un año en otro ya este lugar, ya el otro, desde el cabo Non, mirado como el *Non plus ultra* de los europeos, hasta el cabo de Buena esperanza. En estas tentativas se ocuparon muy cerca de ochenta años. En 1497 hicieron un armamento mas considerable, cuyo mando concedieron á Vasco de Gama; montaron la costa oriental de Africa, de donde volvieron hacia la costa de Malabar, y en este derrotero descubrieron mas de 1200 leguas de pais.

Continuaron los portugueses sus expediciones en las Indias, bajo el mando de Francisco Almeida, Alfonso de Albuquerque, Jaime de Sequeira y otros grandes capitanes de su nacion, recorriendo estos bastos países y conquistándolos al mismo tiempo, y fundando un estado muy floreciente. Sin embargo, las demas naciones de Europa no dejaron de enriquecerse con el comercio y los despojos del Asia; á donde pasaron algun tiempo despues los ingleses en 1591, y los holandeses en 1595; los españoles lo habian ejecutado en 1521, y por un camino diferente.

Las potencias de Italia no poseen un palmo de tierra en América, al paso que á la habilidad é intrepidez de sus vasallos, deben las demas naciones de Europa sus primeros establecimientos. En poco tiempo se vió que los reyes de España, de Inglaterra y de Francia, confiaron el mando de los navios que enviaron á cuatro italianos llamados Cristóbal Colon, genovés; Sebastian Cabot, veneciano; Américo Vespuci y Juan Verrezano, florentinos. Américo Vespuci dió su nombre á las nuevas Indias, cuyo honor se le concedió, según dicen, porque pretendió haber sido el primero que descubrió las tierras que se hallan mas allá de la linea, con perjuicio de la verdad histórica, por la cual consta que Colon lo hizo mucho antes que él.

Pero si los españoles hubiesen necesitado de un extranjero para que les sirviese de guia, lo que hicieron por sí mismos, manifiesta sobradamente que Colon no podia haberse dirigido á nacion alguna que fuese mas capaz de fomentar sus empresas. Desde su primera expedicion hecha el año de 1492 habian pasado seis años, por lo menos, sin reconocer otro país que las islas Lucayas y las Antillas. Largo que se supo que en su tercer viage llegó á tierra firme, hizo esta noticia gran sensacion en España; poco despues sus descubrimientos se aumentaron, y no hubo año en que no se hiciera alguno nuevo al norte y al medio día del continente.

En 1522 Hernan Cortés, atravesando á Méjico descubrió el mar del Sur, proponiéndose abrir por este medio un camino á las Indias Orientales, en tanto lo verificaba Francisco Pizarro con la conquista del Perú. Tiempo hacia que Fernando Magallanes, hidalgo Portugues al servicio de España, proyectaba ir al Oriente por otro rumbo que el del cabo de Buena Esperanza. Salió de España á fin del año 1519, y al cabo de trece meses descubrió la estremidad meridional de América, habiendo atravesado por el estrecho que lleva su nombre. Al cabo de cinco meses fondeó en la isla de Butuan, una de las Filipinas. Este proyecto ha bastado para inmortalizar á Magallanes, que fué muerto poco despues de una reyerta que tuvo con los habitantes de Mattan.

Los reyes de España Fernando é Isabel, duños de una parte de las Indias, no solo tuvieron la política de no admitir en ellas á los extranjeros, sino que, previendo las utilidades inmensas que podian sacar por medio del comercio, quisieron conservarlo para solo sus súbditos. A este fin se prohibió la entrada en las Indias, bajo la pena capital, á todo extranjero, cuya prohibicion, salvas algunas escepciones, se mantuvo constantemente.

El Comercio de Indias estuvo sujeto á ciertas restricciones y formalidades. Existia una direccion dependiente del supremo consejo establecido por Carlos V, que ejercia la mayor autoridad.

Los jueces de la contratacion de Cádiz entendian de todos los asuntos, y de ellos se apelaba al supremo consejo de Indias. Los consulados, para cuyos individuos se escogian comerciantes, juzgaban de los pleitos que entre estos ocurrían, arreglaban las salidas de los buques y cuanto tenia relacion con el tráfico.

Desde entonces hasta tiempos mas recientes, la política, la conveniencia y el genio de la industria han generalizado la navegacion y han reducido á reglas mas constantes esta ciencia, que diariamente adquiere nuevos adelantos como el alma social del mundo civilizado.

E. del C.)



POESIA.

Al castillo de Coarre.

Alto y soberbio te miré estrado
en tan elevada cumbre,
sólo el fuerte vendabal
á tus paredes sacude:
todos respetan tu fuerza,
que de lejos ya descubred,
que eres temido castillo,
y tus valles no sucumben:
Todo te rinde homenaje,
las plantas te dan perfume,
sin duda recompensando
el que en tus muros se nutren:
Los que admiradoste observan
jamás veras que te insulten,
porque temen el poder
que á tu vista se trasluce:
Que miran con sangre tintas
tus murallas, cuando suben
á reconocer tu fuerza,
sin que pasion les deslumbre!
Son fuertes tus murallones,
de tu furia todos huyen;
el ser primero en valor
ninguno te lo dispute.

Así en mi ilusion decia,
cuando, leyendo tu historia,
advierte la vista mia
solo un destello de gloria
de la que tuviste un día.

Trocando mis ilusiones
por la pura realidad,
solo veo tus torreones
y tus fuertes murallones
derribados sin piedad,

Escombros de fortaleza
supo hacer el tiempo; y
quiso probar su esquivaza,
y más con pesar mío
sucumbiste á su fiereza.

Pues cayeron tus murallas
al poder irresistible,
que despreciando tus vallas,
te venció, cuando temible
sostuviste cien batallas.

¿Dó se fueron las hermosas
que otro día cobijaste?
¿las agarenas graciosas
que, puras y candorosas,
en tu recinto guardaste?

¿Dónde estan los paladines
que cansados de lidiar,
venían á disfrutar
los deliciosos festines,
que brindaban á gozar?

Todo pasó: suerte cruel!
que del tiempo la guadaña
te devoró con su saña,
y fuiste víctima de él.
Ya no tienes caballeros,
que empuñen pesada lanza,
perdiste ya tu pujanza
y también tus ballesteros;
ya no tienes agarenas,
ni donceles atrevidos;
ya no vienen los queridos
con rondas á tus almenas;
tan solo se vé tristeza
dó reinaba la alegría;
huyó el placer y la orgia
de tu antigua fortaleza:
perdiste tu gran aliño,
y tus foros y tus vallas;
hoy asalta tus murallas
en juegos puros un niño.
Ya tu orgullo se limita
á dejarte contemplar,
por eso van á rezar,
y te has trocado en hermita.
Y la imagen de Dios pura
que te tomó por su abrigo,
te servirá de testigo
en tu continua tristura;
y en vez de fuertes soldados,
vestido de pardo paño
te guardará un hermitaño
sin paredes ni cercados:
mas si yerto en el olvido
no se pregona tu gloria,
recordará mi memoria
que debes de ser querido.

Bartolomé Martínez.

Huesca—Marzo de 1841.



POLITICA URBANIDAD.

REMITIDO.

Política es una palabra metafórica acerca de la materia, como son la mayor parte de las que nos sirven para expresar todo lo que tiene relación al entendimiento. La política es al alma, lo que el pulimento es á ciertos cuerpos, á las piedras, á los metales, &c., y consiste en no hacer ni decir nada que pueda desagradar á los demás; en hacer y decir lo

que pueda agradarles, y esto con un modo de expresarse que tenga algo de noble, de oportuno, de fino y de delicado. Conviene considerar en la política el fondo de las cosas, y el modo de decir las ó hacerlas. Este modo es el punto más importante. Un hombre es obsequioso, servicial, complaciente; sino lo hace de cierta manera, solo pasará por un hombre honrado, un buen hombre; y todo lo más, por un hombre civilizado. Es preciso distinguir la política de la civilidad. El hombre político es necesariamente civilizado, pero el simplemente civilizado aun no llega á ser político. Este no podrá ser considerado como tal entre los conocedores, y no se le podrá llamar político en todo el rigor de la palabra. La política supone civilidad, pero añade algo más. Esta mira principalmente al fondo de las cosas, aquella á la manera de decir las ó hacerlas. A la verdad, sería ridículo emplear esta escrupulosa exactitud en la conversacion familiar, pues tocaría en el extremo de la pedantería, mas sin embargo no faltan ocasiones de hacerlo. Se alabará por ejemplo, á uno de que es político, y otro replicará, eso no es exacto, N. no es político, es solamente un hombre civilizado; y por cierto que será comprendido. Si su juicio es verdadero, se encontrará que está bien expresado, y los mismos que nunca han reflexionado sobre esto, conocerán que las dos palabras *civilizado* y *político* no son sinónimas, y que la una significa más que la otra, sino significan cosas diferentes. La civilidad nos hace dar á cada uno lo que le es debido, y manifestar á los otros la amistad, la estimación y el respeto á que los consideramos acreedores. La política propiamente dicha es una manera agradable y delicada de hacer y de decir. Esta es la que los Romanos llamaban *Urbanitas morum elegantia*.

Así como al ingenio se le ha llamado la *razon sazónada*, se podía llamar á la política la *bondad sazónada*. La política es al buen corazón ó al buen carácter, lo que el ingenio es al buen sentido. El ingenio, la política, tienen un no sé qué de fino, de delicado y por decirlo así, de buen gusto, ayudado aquel por la razón, y esta por la bondad. Pero como el trato de gentes dá muchas veces una apariencia de ingenio á personas que en el fondo carecen de él, del mismo modo, y con más frecuencia aun, dá también una apariencia de bondad á sujetos, que en realidad son ásperos y perversos. Su política es una *dureza sazónada*, así como su ingenio no es otra cosa que la *necedad sazónada*. No es más que una ficción, un aderezo; es vanidad, no bondad; es amor propio, no amor de los hombres; vicio, no virtud.

La política es tan arbitraria en la manera de hacer y decir las cosas, de manifestar á los otros las disposiciones ventajosas que tenemos respecto de ellos; de hacerles presente nuestro respeto, nuestra estimación y nuestra amistad, que no puede darse una regla fija para conseguirla, y por esto varía en todas las naciones. El trato de gentes puede solo formarlas, y hacer que llegue á poseerse. La instrucción más estensa no puede comprenderlo todo, por que no puede expresarlo todo, y los muchos conocimientos no son suficientes para ponernos desde luego en estado de obrar; de consiguiente, hay una notable diferencia entre la política especulativa y la práctica. Todo lo que consiste en acción, no se aprende bien, sino por el hábito de ejecutar.

Hay algunos, que son poco políticos en el centro

de la política, en la Corte misma. Así como las cualidades naturales no bastan para adquirirla sin el auxilio del trato de gentes, de la misma manera este no es suficiente siempre sin aquellas cuantidades, y mucho menos si se poseen en cierto grado los defectos contrarios. Estas cualidades son la bondad y la dulzura de carácter; la finura de los sentimientos para discernir lo que conviene en las circunstancias que nos rodean; la igualdad de humor, ó mucho poder sobre sí mismo para que la desigualdad no aparezca; y finalmente una gran facilidad de penetrar todas las disposiciones y tomar todos los sentimientos que exija la ocasión presente, ó á lo menos fingirlos.

Pero es muy difícil fingir y disimular. El hombre naturalmente es sincero, desea decir lo que piensa y manifestar lo que siente. Esta disposición aunque que laudable en sí misma, es un grande obstáculo para la política; que como hemos dicho, prescribiera no hacer ni decir nada que pueda desagradar á los demas; de donde se deduce que es preciso no decir todo lo que se piensa, ni hacer todo lo que se quiera, aunque no se piensen ni se quieran sino cosas razonables. Una gran parte de las faltas que se cometen contra la política, provienen de la demasiada sinceridad y franqueza; de no saberse contener para hacer y decir, dentro de los límites que aquella exige, de no saber callar á tiempo. Así la probidad perfecta puede ser alguna vez un obstáculo invencible para la política, porque conduce á la sinceridad. Es un buen hombre, se dice de alguno, tiene talento y buen fondo; pero es demasiado sencillito; es muy sincero. Este hombre de talento ve y oye mil cosas que le chocan, apesar de la dulzura de su carácter, y manifiesta su desagrado con la mayor naturalidad. Por lo mismo que está dotado de talento y de buen corazón, no se encuentra dispuesto á disimular ó callar entre los que considera sus iguales; creeria ofenderlos observando una conducta menos franca, menos sincera. Pero ¿tienen todos los hombres esta honradez? ¿Serán todos semejantes? Cuanto mayor es nuestro discernimiento, cuanto mas conocimiento tenemos del corazón humano, mas ocasiones de disimular encontramos en el comercio del mundo. Sin embargo, la propensión á la sinceridad es muy comun. El mundo está lleno á la verdad de hombres falaces y engañadores; pero la mayor parte no ha nacido así; sus defectos han sido adquiridos. Ellos nacen con pasiones que les obligan á ocultarse dentro de sí mismos para mejor satisfacerlas; y al mismo tiempo nacen con la propensión de obrar manifestamente, y de mostrarse tales cuales son. La experiencia les ha hecho ver los inconvenientes; les ha hecho ver la inutilidad de sus esfuerzos para vencer, moderar y arreglar esta proposición. Yo apelo al testimonio de los mas hábiles en el arte del disimulo; aquí es sobre todo donde se verifica la máxima, de que el hábito no destruye la naturaleza. El disimulo constante es un estado violento, una especie de esclavitud á la que nadie se acostumbra; cuesta mas ó menos en proporción del ejercicio, y en proporción tambien de los intereses que nos mueven á emplearle; pero cuesta siempre, no deja jamas de ser una contradicción que continuamente percibimos en medio de nuestras operaciones. *Nec simulatum potest quidquam esse diuturnum*, decia Ciceron.

Nadie se atreverá á acusar á la sinceridad de impolítica ó de imprudencia. Como hay de ordinario mas motivo para decir mal de los hombres que para decir bien; como hay infinitas ocasiones de

contradecirlos con justicia, ya sea en sus opiniones, ya en sus personas, el que siempre los hablase con una absoluta sinceridad pasaria por un perverso. Cuando no nos es posible dejar de hablar como pensamos valdria mas retirarnos del mundo, porque necesariamente ocrieríamos ser muy desgraciados ó por la violencia continua que tendríamos que hacernos, ó por el odio que acarrearía nuestra excesiva sinceridad.

Es difícil ser político con aquellos que no nos gustan, y la desgracia de los hombres de talento es encontrar pocas personas que les agraden, por que cuanto mayor es su talento, tanto mas conocen los defectos de los demas. Por otra parte, los hombres de talento tienen el trabajo de haberse de sujetar á una infinidad de pequeñas formalidades que son parte de la política. Es mucho mas difícil ser político á un hombre de talento despegado, que al que solo le tiene mediano; pero cuando se verifica así, es su política mucho mayor y muy agradable. Todo es para él una ocasión de decir cosas finas, y el adorno ingenioso con que las realza las hace mas lisongeras siempre que no se desconfie de su sinceridad. Algunas veces una alabanza sencilla, grosera, si se quiere; nos lisongea y nos agrada mas que una alabanza fina y delicada; su aire es mas verdadero; porque en general debemos suponer que los que nos alaban con tanta delicadeza, lo hacen para manifestar sus felices disposiciones y adquirirse nuestra estimación, mas bien que á mostrarnos la suya respecto de nosotros. Nuestra vanidad no se satisface con la vanidad de los demas.

Cuanto mayor es el talento, tanto mas importante es no olvidar que la costumbre utilísima que conviene adquirir respecto de la política, consiste; no en manejar ingeniosamente lo que se dice de fino, sino en escoger con delicadeza y aprovechar con prontitud las ocasiones de decirlo. Esta política ingeniosa es muy rara, pero basta tener buen sentido, buen carácter y trato de gentes, para adquirir lo esencial de ella. Tal es la que observamos en ciertas personas que dotadas de poco talento, no dejan de agradar á los que tienen mas.

Hay una impolítica de malignidad, y otra de realidad y groseria; esta es la impolítica propiamente dicha, aquella no merece este nombre. Aunque un hombre maligno y caustico sea impolítico hasta cierto punto, porque ofende con sus discursos, yo no me serviria de esta palabra para designarle, porque no le conviene en toda su estension. Pero la costumbre contraria es mas general; y sin duda ha sido establecida por la malignidad misma, ó si se quiere por una justa venganza. Se hace uso de la palabra impolítico, porque dice mucho mas que la expresión maligno. Con la primera se inspira menosprecio hacia la persona á quien se aplica, con la segunda se inspira aborrecimiento aunque no siempre; pues para aborrecer á un hombre maligno es necesario haber sido objeto de su malignidad, á la vez que un impolítico es menospreciado por todos los que le conocen, aunque no hayan experimentado sus defectos. Cuando usamos la palabra impolítica para designar una expresión ó una acción que nos ha ofendido hacemos recaer la afrenta toda sobre el autor de la ofensa; al contrario si nos quejamos de una burla maligna, de una alusión satirica, presentamos á los que nos escuchan la idea de nuestro propio deshonra, mas bien que la falta en que se ha incurrido contra nosotros; nuestras nos envilecen, no nos vengau.

El reproche de impolítico es el mas picante que puede hacerse entre gentes de cierta clase, porque el hombre de algun talento, de un caracter racional, y que está bien educado podrá ser menos político que otro, pero nunca merecerá el nombre de impolítico. La impolítica propiamente dicha supone muchas cosas en extremo deshonrosas. «Después de la pobreza, dice el autor del espíritu de las leyes, nada envilece mas que la falta de política.»

Las personas estremadamente vivas no son por lo comun muy políticas; sin embargo la estremada vivacidad no es un defecto deshonroso por si misma apesar de que lleva consigo otros que la son consiguientes, y de los que es en cierto modo el principio y la causa. Los que adolecen de este defecto son casi siempre coléricos, impacientes, porfiados, imprudentes é indiscretos. Los que no los conocen á fondo atribuyen las mas veces estas faltas á una causa vergonzosa, á saber, el orgullo ó la pobreza de talento. Por otra parte la vivacidad hace obrar y decir precipitadamente y sin reflexion; conduce á los que domina tan pronto á un objeto como á otro, y les hace incapaces de aquella atencion continua, sin la que, es imposible precaverse de las faltas de política. Tales son comunmente los franceses, «parece, dice una muger de talento, que se escapan de las manos del Criador en el momento de haber reunido para su formacion solamente el aire y fuego.» Esta vivacidad que hace cometer á los franceses tantas faltas, es el origen de su misma política, porque es la que les hace desear la sociedad, principalmente la de las mugeres.

No sucede así á los españoles. La gravedad proverbial que forma la esencia de nuestro carácter, dá á la política un aire caballeresco, y por decirlo así, mas positivo, porque es mas natural. No nos contentamos con agrandar á los demas, si no que nos privamos de los gozes materiales, y aun de nuestros propios intereses, en obsequio de la política.

[Se concluirá.]



FLORESTA.

El célebre Victor Hugo ha publicado, no hace mucho, en Paris una oda de quinientos versos, tomados por asunto la famosa para ellos y siempre poética traslacion de los restos de Bonaparte. Merecia por

cierto el primer capitan del siglo las inspiraciones del primer poeta tal vez: pero una observacion no deja de ocurrirnos al llegar aqui, y es la decidida proteccion que al mérito se dispensa en Francia, proteccion que contrasta tristemente con la in-noble apatia, que entre nosotros reina, con el estado humillante de nuestros poetas. Dos ediciones se hicieron en muy pocos dias del citado poemita, y segun creemos, han valido á su autor no menos que 60000 rs., mientras que en España se ven obligados los poetas á mendigar de un mercantil empresario el escaso premio que le merecen sus concepciones, y aun no á título de tales, si es á cuenta de objetos de especulacion. ¿Cómo han de abundar los talento entre nosotros, mientras el gobierno (ya que no es público por falta de ilustracion) no tienda una mano visiblemente protectora á nuestra naciente literatura? ¿Cómo ha de salir la nacion de la vergonzosa tuteia á que su desgracia la tiene reducida, si todas las clases, y mas poderosamente cuanto mas elevadas, no se adusan para amparar á las antorchas, que, destinadas á brillar, no encuentran pábulo ni aun en el aire que las rodea, no brillan, sino consumiéndose á si propias? Mude de conducta el gobierno, si quiere sabios en España, y pues está llamado á hacerla florecer en ciencias y artes, dispén-selas la proteccion que le demandan y que tan usurariamente sabe recompensar.

El Sultan ha concedido al célebre Donizetti la condecoracion de Nitschian-Isthiar en brillantes. Se sabe que el hermano de dicho compositor es primer director de música del gran señor, atribuyéndosele por lo tanto la introduccion de la música europea en los estados turcos. (La C.)

Por un periódico de la corte, sabemos que nuestro amigo y compatriota, D. Florencio Lahoz ha dedicado á su maestro D. Pedro Albeniz una jota aragonesa, que ha compuesto para piano forte, con cinco cantos, introduccion, cuarenta y dos variaciones y cola. El autor ha tenido la satisfaccion de tocarla con extraordinario aplauso en las principales reuniones de Madrid, y nosotros la tenemos en participarlo á nuestros lectores; porque estamos convencidos de que no les son indiferentes los triunfos de sus paisanos.

E. R.=U. Roquer.

Zaragoza:

Imprenta de Cristobal Juste.=1844.

LA AURORA.

Periódico semanal de ciencias, literatura y artes, que contiene en cada número dos pliegos regulares de impresion estrecha, acompañados á las veces de un boletín de anuncios literarios. Sale todos los domingos, al precio de 5 rs. mensuales para la Ciudad y 7 rs. para los demás puntos del reino, franco de porte.—Se suscribe en las administraciones de correos y en las principales librerías de las capitales de provincia.—Los números sueltos se venden á 10 cuartos, y á 2 rs. con el boletín.

La redaccion establecida en la Calle de Torrecasas núm 21, admite artículos y composiciones de toda clase, con firma ó sin ella francos de porte.

Los SS. suscritores, cuyas suscripciones acaban de espirar, se servirán renovarlas con tiempo, para no experimentar retraso en el recibo de los números.